



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

ES PROPIEDAD
QUEDA REGISTRADA



BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

Imprenta Helénica. Pasaje de la Alhambra, 3.—Madrid.



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

PRÓLOGO

Si no hubiese parecido demasiado pretencioso el título, este libro hubiérase llamado El derecho del hijo. El problema que en la obra se plantea concuerda mejor con este otro enunciado más general: ¿Hasta qué punto el hecho de haber dado voluntariamente la vida á un sér, nos obliga con respecto á él? ¿Dentro de qué límites nuestra personalidad debe abdicar de su libre independencia, ante esta nueva existencia? Desengañaos. Esta pregunta, por vaga que parezca, preséntase en la práctica con caracteres de terrible precisión y su alcance es infinito. De la respuesta que deis dependerá vuestro voto en pro ó en contra del divorcio; en pro ó en contra de las ulteriores nupcias; de la educación fuera del hogar, de la investigación de la paternidad, en pro ó en contra; en fin, de la absolución de las terribles venganzas conyugales, denominadas con la calificación de «crímenes pasionales». El lector, á quien le interese esta clase de estudios, puede fácilmente encontrar muchos ejemplos de estos casos, que bastan para demostrar cuán complejo es el problema de la filiación que resume toda la moralidad del amor; es decir, que los casos de conciencia que de

él se derivan, son innumerables. El que constituye el asunto de LA TIERRA PROMETIDA, acaso sea uno de los más comunes, uno de los que la opinión pública resuelve con menos vacilación. Un hombre ha sido amante de una mujer casada, de quien ha tenido un hijo, inscrito con el apellido del marido, y no puede dudar, no duda, de que él sea su verdadero padre. ¿Tiene deberes para esta criatura? ¿Cuáles son esos deberes? ¿Tiene derechos? ¿Cuáles son? ¿Es culpable si continúa su vida ordinaria sin acordarse de la existencia de su hijo? ¿El vínculo misterioso de la sangre implica necesariamente una obligación latente, si así puede decirse, y qué determinadas circunstancias pueden descubrir? No creo exagerar, afirmando que de diez hombres, nueve formularían una respuesta negativa á las preguntas enunciadas. Para el décimo de esos hombres está escrita esta novela; para aquel en cuyo corazón las pasiones y la experiencia no han borrado por completo el noble sentido del escrúpulo y para el que no es obstáculo el haber conciliado su propio interés con las conveniencias sociales, y su placer con la corrección mundana ó burguesa. Acaso éste juzgue que este drama de la paternidad en el adulterio, sea uno de los más trágicos y humanos entre los que presenta cotidianamente la vida real, y que vale siempre la pena de estudiar de cerca su desenvolvimiento y peripecias.

Para tratar este problema he adoptado una vez más la forma de novela, muy antigua en la tradición literaria francesa, y que nuestros padres llamaban la novela de análisis, término sencillo, claro

y exacto, al que los contemporáneos han sustituido con el nombre mucho más pedantesco y bastante ambiguo de «Psicología»; y digo ambiguo, porque tal calificativo parece reivindicar el estudio del alma humana en nombre de una escuela determinada, siendo como es tal estudio común á la literatura toda, que tan profundamente definió M. Taine: «Psicología viviente». ¿Acaso la más plástica descripción de un paisaje no es una transcripción de un estado del alma, y del mismo modo el drama más novelesco no es también una manifestación de los sentimientos del alma? Balzac, en sus páginas de crítica (poco conocidas porque son de un alcance superior como todas las teorías esbozadas por aquel gran talento que unía á su don filosófico un don de evocación de gran mérito), llamaba con más elegancia á las novelas de análisis, novelas de ideas, significando con ello que sus autores hállanse sobre todo preocupados por los fenómenos de la vida subjetiva. Sin embargo, la ambigüedad del título no desaparece, porque el término, novelas de ideas, conviene igualmente al libro de tesis, y es siempre la vieja fórmula de Sainte-Beuve, que me parece la más justa; tanto más, cuanto que comprende también otra clase de obras correspondientes á las mencionadas en la serie literaria. Hay, en efecto, un teatro de análisis del que Racine en la tragedia y Marivaux en la comedia, por no citar más que clásicos, son los maestros. Hay también una poesía de análisis producida por el mismo Sainte-Beuve en su admirable José Delorme, Baudelaire ó Sully Prudhomme. Hay memorias de análisis, de las que son

verdadero modelo en su aspecto místico Las Confesiones, de San Agustín, y en su aspecto irónico Los Recuerdos, de Renán. Todas estas obras ofrecen el carácter común de aplicarse sobre todo á la observación de los pequeños hechos de conciencia, cuyo conjunto se manifiesta al exterior bajo el aspecto de pasiones completas, voluntades determinadas y acciones definidas. Las inteligencias más diversas de los escritores aparecen como igualmente dotadas de una facultad de reflexión que les permiten sorprender en el detalle cogido todo el secreto y obscuro trabajo de los más pequeños resortes íntimos. Parecen interesarse más por el estudio de estos resortes que por el resultado que su movimiento produce; el acompasado sonido del reloj no les preocupa tanto como el engranaje de las piezas, cuya delicada combinación da por resultado el sonido. Se fijan en los fenómenos de la vida moral ó sentimental involuntariamente, como el gran obispo africano cuya única ambición era sumergirse en un culpable pasado y no asombrar á los lectores profanos por la sutileza de su visión interna.

Era natural que este espíritu de análisis, innato en ciertos temperamentos, como la aptitud dramática en otros, encontrase sobre qué ejercitarse en la novela más aún que en la tragedia la comedia ó el poema lírico. Algunas de estas obras maestras en este género, son, en efecto, verdaderos trabajos de análisis: La Princesse de Clevés, Robinsón Crusoe, Las alianzas peligrosas, Adolfo, Las afinidades electivas, Rojo y Negro, Deleite, La flor de lis en el valle, Luis Lambert, La musa de provincia, La señorita

Maupin, Dominica. Esta lista, sacada al azar, entre las que recuerdo y que comprende obras tan diversas y al parecer tan incoherentes, basta para probar la flexibilidad y fuerza de esta forma estética. El trabajo de observación que representa, completa el trabajo de observación que cumple á la novela de costumbres. La investigación sobre la vida interior y moral debe funcionar paralelamente á la investigación de la vida exterior y social. La una, aclarando, profundizando y corrigiendo. Era, pues, de prever, que al lado del grande y fecundo empuje que á la novela de costumbres se imprimiera desde Balzac á Flaubert, y que se ha llamado el naturalismo, se produciría otro empuje hacia la novela de análisis; tanto más, cuanto que la moderna ciencia antropológica suministra curiosos documentos y métodos de incomparable superioridad de la anatomía mental. Así es como se ha producido este fenómeno literario, á despecho de la crítica y de la opinión, tan constante desde hace algunos años, que es imposible que no descanse en serios motivos. Cuando un gran número de distinguidas personas manifiesta su antipatía hacia determinada tendencia en el arte, puede equivocarse, y tal me parece que sucede en este caso; pero su opinión aun errónea, no es despreciable, y por esto, sin lanzar epigramas, evidentemente parciales ó reproches inicuos, quisiera intentar la refutación de algunas de las objeciones más sustentadas contra el género.

Bajo el punto de vista puramente estético, parecen los adversarios, sobre todo persuadidos de que las diversas condiciones que dan á una novela

calor de vida, no se avienen con el análisis detenido. Su razonamiento viene á ser el siguiente: «Pretendéis copiar las pasiones: pues bien; el primer carácter de las pasiones es precisamente abolir en el ser por ellas dominado el sentimiento de su personalidad. El hombre que verdaderamente ama, piensa en lo que ama y no en su propio amor. El hombre que desea piensa en el objeto de este deseo, y no en su propio anhelo.» Se ha dicho de los psicólogos de la escuela de Jouffroy, y la frase es más justa aplicada á los psicólogos de la novela: «No se asoma uno á la ventana para verse á si mismo pásar por la calle; cuando enumeráis minuciosamente los estados psíquicos que sirven de preparación á las acciones de vuestros personajes, os subrogáis en el lugar de ellos sin daros cuenta, puesto que pintáis lo que ellos mismos no pueden ni observar ni discernir. La vida lleva una media luz en el corazón; un trabajo sordo y continuo del instinto ciego; un rápido movimiento de espontaneidad que no puede concertarse con esa anatomía continua que es vuestro fin y vuestro método. Sólo se disecciona lo que está muerto.»

No creo haber atenuado la objeción al formularla. Es muy especiosa; su gran defecto estriba en que se aplica á todo procedimiento literario, como á cualquier procedimiento analítico. Un novelista de la escuela impersonal, Flaubert por ejemplo, y digo éste por ser el menos discutido, pinta un paisaje en torno de «Madame Bovary» ó de «Federico Moreau». ¿No muestra ese paisaje, tal como él le ve, con sus ojos de artista? ¿Puede reconstituir de otra manera que por la más improbable hipótesis, lo que los

ojos de la joven ó del joven han podido percibir, y, por consecuencia, el choque que ha podido recibir su sensibilidad? Toda narración de un hecho exterior no es más que una copia de la impresión que este hecho nos produce, y siempre en el cuadro más sistemáticamente objetivo es imprescindible cierta interpretación individual, subjetiva. En la justa ponderación de esto se funda el principal esfuerzo del artista escrupuloso, y que quiere evitar falsificar la realidad de las cosas. Admitamos que no todos los temas ni todos los caracteres puedan ser estudiados por el método analítico; pero de que haya cierto límite en este trabajo, ¿ha de deducirse que su uso no sea legitimo y necesario en determinada ocasión? Porque en ciertos seres y en ciertas crisis se presente la vida como instinto, como espontaneidad y porque en otros se presente con caracteres contrarios, no por eso deja de ser la vida misma. Cuando Fedra siente el aguijón de criminal deseo que no se atreve á confesar; cuando Adolfo lucha contra el impetu feroz de su independencia y su piedad hacia Ellenore; cuando Amaury á los veintidós años vacila entre el amor y la fe; cuando madama de Mortsauf consuela los suspiros de su quimera ahogada por las engañadoras dulzuras de una amistad siempre turbada y celosa, son estados bien humanos, son crisis de la vida real, de las cuales la novela de análisis sólo puede anotar los cambios y describir las peripecias. Si la crítica fuese equitativa, la primera pregunta que se dirigiría, á propósito de los libros de este género, sería: ¿el método ha sido ó no bien empleado? Y se reconocería que hay una forma

de arte restringida, pero eficaz, cuando es manejada diestramente, para reconstruir las mil tragedias secretas del corazón; para estudiar el génesis, el desarrollo y decadencia de ciertos sentimientos intensos; para reconocer y para contar las situaciones excepcionales, los caracteres singulares, todo el detalle, en fin, que cae fuera de la esfera de acción de la novela de costumbres, la cual debe, para cumplir bien su cometido, evitar precisamente ese detalle del matiz y perseguir el carácter al través de las individualidades, las grandes leyes del conjunto, al través de los hechos particulares. Esta última novela es á la anterior lo que la pintura al fresco es al retrato. Los analíticos no piden que se prefiera el cuadro en el que hay algunas caras fotografiadas, á las creaciones potentes de muchedumbres en escenas de calor y vida. Tienen el derecho, modestos obreros de un género que han producido obras maestras, de que no caigan sobre el género que cultivan las censuras que por sus personales defectos puedan merecer.

Llego á otra objeción más seria que con frecuencia se dirige á la novela psicológica. Partiendo del principio de que el espíritu de análisis es funesto á la moralidad, algunos han considerado esta novela como enervante particularmente para la juventud. En ese trabajo de observación interna, han creído ver el egoísmo y el escepticismo como resultado necesario. «Es demasiado pensar en los propios dolores y alegrías; tanto pensar en sí mismo es hipertrofiar poco á poco el sentimiento del yo, al que no debe subordinarse la moral. Es también paralizar

la propia energia porque el abuso del pensamiento, presentando tan diversos puntos de vista, produce, por consecuencia, la indecisión. Tal es el doble é inevitable efecto de la literatura analítica. De esto á motejar elocuentemente á estos maestros, á quienes se supone causa de gran número de flaquezas, no hay más que la distancia de algunas metáforas. Lo malo es que esta objeción descansa en una fórmula que nadie comprueba. Esta antítesis entre el espíritu analítico y la acción, es, en efecto, uno de esos lugares comunes, tan apreciados por los modernos ensayistas que todos hemos admitido más ó menos sin comprobarlo. Algunos ejemplos célebres vienen á confirmar esto, entre otros ese Amiel, ese Hamlet intelectual sin decisión alguna; pero otros ejemplos menos citados, ¿no servirían para demostrar la tesis contraria, á saber, que el análisis ha sido en algunos personajes de más relieve aún que el autor del Diario íntimo un acrecentamiento de energia? Abrid el primer volumen de Memorias de Madame de Remusat, y leeréis estas líneas: «Sus grandes costumbres han llevado á su espíritu á analizar hasta sus emociones. Es el hombre que más ha meditado los porques que rigen las acciones humanas. Para sacar partido de su carácter, parece alguna vez que no ha tenido miedo de someterle al más exacto análisis. Cuando se intente pintarle, será preciso emplear las formas analíticas, tan de su agrado.» ¿A propósito de quién, sino de Bonaparte, el hombre de voluntad de hierro del presente siglo, y acaso de todos, esta mujer tan perspicaz hubiese podido escribir tres veces en seis páginas la palabra análisis?

He aquí lo que da un mentís bien inopinado á la teoría del gran hesitante de Génova acerca de las consecuencias paralizadoras de dicha soberana facultad. Otro no menos digno de atención ha dado Stendhal. Es, según creo, Julio Lemaître, quien ha hecho observar que el autor de Rouje fué ante todo un hombre de acción y de gran energía; y bien lo demostró en Alemania y en la retirada de Rusia. Hombre de acción, también á la vez política y militar, el analítico autor de los Vínculos. Hombre de acción y de voluntad inflexible el analítico de Afinidades; hombre de acción y de potencia nunca agotada el analítico de otro orden, pero analítico al fin, San Ignacio de Loyola, cuyos Ejercicios espirituales denotan cuán minucioso estudio hizo del mecanismo interior de su propia voluntad. La extrema disparidad de estos diferentes títulos, ¿no es más concluyente que todos los razonamientos?

La experiencia demuestra que el espíritu de análisis no es por sí mismo ni una ponzoña ni un tónico de la voluntad; es una facultad neutra como las otras, capaz de ser dirigida en sentido de nuestro mejoramiento ó de nuestra corrupción. Si tratamos de darnos cuenta de su esencia, encontramos que reside sobre todo en un aumento de tamaño, como sucede con el microscopio. El análisis amplifica, inmovilizándolos bajo nuestra reflexión, todos los hechos del alma importantes ó triviales que abundan en nosotros como una vegetación siempre renovada de la flora interior. Si cuando reflexionamos sobre estados culpables de nuestra alma, no nos viene arrepentimiento ó propósito de enmienda, la

falta no está en esta contemplación. Si Amiel se complació en detallar indefinidamente los matices de su pereza intelectual en vez de perseguirla y eliminar de ella las menores huellas, no fué por causa de este análisis, sino sobre todo, por la vanidad tímida del mediocre escritor, que sintiéndose inferior á su ideal, se abstiene de intentar una obra de cuyo feliz éxito no está seguro. Fuera del tecnicismo literario, el análisis tiene otro nombre: el examen de conciencia, y lejos de ser el polo opuesto de la moralidad, es principio de ella, con la condición de que una vez terminado este examen, entren en juego otras facultades. Dedúcese de aquí que ese pecado de psicología con que con frecuencia se recrimina á los escritores de novelas de análisis, no es acreedor á la indignación. La crítica, preocupada con los problemas morales, hubiera sido más justa, recordando á los novelistas de esta escuela, que su responsabilidad es acaso mayor que las de los novelistas de costumbres, porque hablan más directamente á esas conciencias cuya anatomía pretenden; y á propósito de las obras de este género, pudiera repetirse, cuando el éxito es feliz, la frase tan elocuente y severa de Bossuet, acerca del teatro: «El espectador de fuera es dentro actor mudo.» Acaso examinando con más cuidado muchas obras, juzgadas un poco á la ligera, hubiérase reconocido que la mayor parte de los novelistas de ese grupo, jamás han dejado de tener un sentimiento muy vivo de esa responsabilidad.

Paris 5 Octubre 1892.